

GALICIA.

REVISTA UNIVERSAL DE ESTE REINO.

RECUERDOS DE VIAJE POR GALICIA.

Compostela duerme todavía entorpecida sin duda por el frío de la blanca escarcha con que Enero cubrió sus calles y sus casas. También yo dormiría entregado á los dulces ensueños de la madrugada, sino tuviese necesidad de viajar hoy, no por el ferro-carril á cargo de un locomotor, cuya velocidad nada permite ver del país que se atraviesa, no en una silla de posta, cuyo rodar sin descanso solo deja verlo en confuso, sino en la tarda mula de un maragato sobre macizo albardon, desde el cual puedo á placer notar lo todo.

Estoy en los *Concheiros*, en donde moraban un día los vendedores de conchas, con que ornaban sus esclavinas los innumerables peregrinos que afluyen al sepulcro del Zebedeo. Esta línea fué siempre una de las principales entradas de Santiago, comunica directamente con Lugo, ahora capital y en otro tiempo corte, unió de consiguiente dos capitales y dos cortes; mas no por eso está mejor. Su suelo es un taraceado de baches como cuevas y de pedruzcos como peñascos; el lodo pegajoso de los caminos está aquí interceptando todos los pasos; las lluvias forman extensos charcos en las aceras, de suerte que no sé si es mas cuerdo pasar este trozo á pie ó á caballo.

El territorio que se descubre simula tambien una concha, cuyos surcos son vallecicos poblados de hortalizas y praderas, separados por pequeñas lomas, que en verano sombrea el copudo roble y el frondoso castaño. Se camina por el borde N. O. y N. de esta concha, elevándose poco á poco sobre el valle siempre verde del Sar, en cuyo hondo confín se descubre la antiquísima colegiata y parroquia de este nombre, al pié del rio y en medio de una inmensa pradería. Quedan al lado un delicioso vergel, llamado el Paraíso, algunas casas de campo mas productivas que vistosas y varios barrizales poblados de robles, que no desdeñan á su lado al sauco de fruto negro y al laurel de los poetas.

En la calle de S. Lázaro, que se encuentra luego, se alza la piadosa ofrenda de un crucero con asta salomónica construido en 1737, y mas arriba en la izquierda otro, unos 300 años antes levantado, sirve como de limite avanzado al Hospital de lazarados ó elefantiacos que por esta parte tiene la mayor de las ciudades gallegas. Un sepulcro gótico, arrimado á la her-

mita de este hospital, y algunos restos de esta iglesia, confundidos con las toscas piedras de las reformas posteriores, dicen que en otro tiempo habia aquí mas esplendor, asi como indudablemente habria mas celo para aislar á unos enfermos desterrados de la sociedad por el bien de sus semejantes, é incomunicados forzosamente con ella, á fin de concluir con una dolencia, que todavía no se ha podido ver acabada, indudablemente por la relajacion de esa incomunicacion y de ese destierro. En las inmediaciones de la capilla aguardaban por la misa labradoras sentadas al sol y labradores en corros, como para decirnos, que aun que tan cerca de la ciudad, estábamos en una poblacion rural.

Mas de una hora habia transcurrido y el maragato no venia, por lo que me decidí me á seguir hasta el puente que mas adelante cruza al Sar, humilde rio formado no lejos, á expensas de varios arroyos, que se juntan para dar continuo verdor á las dilatadas praderias, alfombra oriental de Santiago. Aguardé otra hora, ya sentado en frente á las cristalinas aguas, ya en pié al abrigo de un muro; al cabo divisé dos mulas con anchos albardones de que pendian repletas alforjas. Detrás venia uno de esos hombres á quienes nada se pega de las costumbres de los pueblos que incesantemente recorren; de esos que tan distintos parecen de los demas, al contemplarlos en medio de los torbellinos de la civilizacion enteramente desdeñosos de los adelantamientos de ella, totalmente extraños al progreso social de que son testigos. Su tostada color y su animada fisonomía revelan bastante su vida física en perenne movimiento, y su vida moral estacionaria, de lo que es signo inequívoco su traje, invariable, uniforme. Hélo ahí compuesto de anchas y plegadas bragas de estameña, luengos calzones ó botines atados por debajo de la rodilla con ligas encarnadas, y caidos inferiormente sobre un récio zapato de boton, colete de cuero barnizado con mugre á fuerza de uso, ciuto de ante bordado en que va la canana, la bolsa y la cartera, y sombrero de ancha ala y de chata copa ceñida con cordor de seda. Este era el maragato que esperaba.

En el puente de S. Lázaro comienza la rápida cuesta de S. Marcos. Desde su cima se descubre por última vez la ciudad amada de los peregrinos. Brillante con el sol de la mañana, destacaba contra los azulados

montes del Oeste con sus cien torres y cúpulas y sus mil chimeneas, en que ondeaban livianas nubes de humo. La blanca hermita de S. Marcos se vé aquí hácia la derecha, en el mismo punto en donde el Apóstol se apareció á un peregrino, al lado de la antigua cruz, hoy convertida en pino, á cuyo pié tiraban una piedra todos los que venían á visitar el sagrado cuerpo, llegando con ellas á formar un monte. Desde este sitio volví á mirar á la ciudad santa; á un breve rato se ocultó, los montes lejanos se hundieron y se corrió sobre el horizonte una parda y estéril montaña, cortina de luto que también cubrió mi corazón.

En estos tristes páramos ya nadie me dirigirá una caricia, un consuelo, una pregunta. Aquí la naturaleza duerme en sosegada calma, turbada apenas de tiempo en tiempo, por el «ave Maria purísima» de algun aldeano que corre á la ciudad; por la cantinela del arriero entonada á media voz al monótono son del cencerro que guía su recua; por el balido de las cabras encaramadas sobre las breñas, ó por el mugido del buey que paca los espinosos brotes de las aliagas sin miedo á cotos ni á pastores.

En estas empinadas lomas nada llama la atención; se estrella la vista contra las ásperas pendientes de las montañas, sin descubrir mas que la tortuosa vereda que debía ser magnífica carretera, si Lugo y Santiago hubieran velado mas por sus intereses, y á largos trechos alguna otra aldea de pobre aspecto. La primera de ellas está dominada por el Castro de S. Marcos á 472 v. de altura. En frente de él vi una *mamoa*, antiquísimo sarcófago, que encontré abierto, y del cual habían llevado á una aldea inmediata un sepulcro de granito, de una sola pieza, para que les sirviese de pila en que machacar los tojos con que durante el invierno se alimenta el ganado mayor.

El camino, silencioso, escondido entre barrancos rojizos, va buscando, á costa de ondulaciones y descensos, la Labacolla, en donde un claro riachuelo alimenta una grandiosa fábrica de curtidos. Delante de ella hay una iglesia esbelta, recién construida entre álamos y robles: mas allá otro Castro, otero recortado por los celtas, para que les sirviese de altar ó fortaleza; despues se encuentra el Amenal. Esta mísera aldeilla da su nombre á una montaña que corre hácia el S. como unas dos leguas. Es la misma que en Fornás encierra aquella rica mina de hierro persulfurado en que el vulgo ve tanta plata y tanta escoria de la que han quemado los moros con sus alquitranes; la misma que da nacimiento al Pico Sagro, en donde están los ahujeros encantados.

A las tres de la tarde llegamos á Ferreiros. En su extremo oriental, en una pequeña taberna solitaria, el repuesto de las alforjas y el tinto del Rivero nos dieron ánimos para continuar hasta Arzúa, residencia de un juzgado.

La Arzúa es una modesta villa, parecida al barrio de una ciudad. Divídela en dos porciones el camino, al encontrarla en la loma de la colina. A aquella hora se retiraban á ella, buscando los atajos, los moradores que mas habían alargado su paseo, y niños y pobres mugeres con haces de leña para alumbrarse y calentarse á la noche. Los diversos objetos que se al-

zaban sobre el terreno, iluminados por la rojiza luz de los arreboles de la tarde, proyectaban hácia el levante azuladas sombras sin fin, que rápidamente se desvanecieron. El sol, que al verse, en el zénit se había creído señor del universo, ahora sepultado en occidente, recordaba al poderoso envanecido, cuan efímera es la grandeza. La tierra yacía tranquila en brazos de la oscura noche; solo nosotros interrumpiamos su augusto reposo con los acelerados pasos de las cabalgaduras, unas veces mudos é insensibles sobre la arena, otras huecos y sonoros en las peñas cóncavas, ya estrepitosos y centellantes contra las piedras del puente Rivadiso, ya transformados en sucesivo chapoteo al atravesar un charco sin nombre ó un vado desconocido. Pronto vimos vibrar en el negro espacio un punto de fuego, que en breve quedó fijo; sentimos un leve rumor de vida, despues oímos el ladrido de los perros y el chirrido de un carro; divisamos bultos de edificios y al fin entramos en la posada de Boente, cuyo portalon se abrió de par en par á las voces del maragato.

Asi como es un contraste singular un sepulcro en un jardín, una calavera en un baile, asi lo sería la vanidad en este meson; aqui en donde la cuadra es al mismo tiempo portal, sala y antesala, y no hay mas que unos banquillos para todos y un mismo pavimento, y un mismo techo para las mulas y para los hombres. Solamente la cocina mereció estar separada por un tablado con tantas rendijas como juntas. Cercanos á este se hallaban amontonados los fardos, banastas y cajones, carga de las sufridas bestias de la recua, que atadas á lo largo de los pesebres, engullian el heno seco con que las habían obsequiado.

Nosotros, menos afortunados que ellas, lo hubiéramos pasado muy mal en este lugar, donde todo falta, si los maragatos no fuesen los hombres de las provisiones, á las cuales apelaron, sacando de las alforjas algunas libras de tocino, que pusieron á cocer en un tiznado pote suspendido de los llares. En seguida mi buen Felipe se fué con Tirso su criado, á reconocer las herraduras de las caballerías. Despues de cenar, me guiaron á la casa inmediata en donde me esperaba la cama, limpia en verdad, pero mas dura de lo que convenia. Allí se renovaron en mi mente las imágenes de lo que había visto, y me fué fácil ordenarlas. La contextura general de esta jornada consiste en una série de montes, que estriban al N. en la cordillera del Tambre, surcados por varios arroyos de transparentes y bulliciosas aguas, que corren entre alisos hácia el E. á enriquecer el Ulla, regando antes angostas cañadas. La de la Labacolla, que las recibe del Amenal, es la única que vierte al O. en el Tambre. El punto mas culminante de la cordillera, límite de esta distribución entre ambos rios, se divisa una legua al N. sobre Boente, con sus vertientes meridionales cubiertas de robles. Despues de bajar la colina en que está Arzúa se atraviesa el rio Iso, que aunque el mayor de la jornada, no es mas que un humilde tributario del Ulla, con quien confluye cerca de Portodomouro, recogiendo antes otro riachuelo que pasa cerca de Boente.

Respecto á la mineralogía solamente pude notar

que desde antes de S. Lázaro se presenta el anfíbol, cuyo núcleo es el Amenal. En las bases de las colinas y en las hondonadas está por lo comun descompuesto en ocre ó barros, mas ó menos rojizos, uno de ellos cruzado por una cresta de grafito muy impuro. Hacia la Labacolla desaparece gradualmente la anfíbolita convirtiéndose en gneis, y este pasa luego al granito. En los tránsitos hay sílice en cantos grandes como rodados y en filones intermedios. El cultivo aqui es escaso y mal entendido: hay inmensos terrenos que roturar con ventaja. Centeno y prados naturales son la produccion dominante. Tampoco hay mas actividad en industria fabril. La grandiosa fábrica de curtidos de la Labacolla y una tejera en el Amenal con algunos molinos harineros muy malos es lo único que he encontrado, pero se echa de ver que la ganadería, y en especial la mular, ocupa mucho á los habitantes de este abandonado pais.

J. M. Gil.

EN UN CEMENTERIO.

I.

¡Silencio y nada mas!.. solo se escucha
El bramido del mar al estrellarse
Contra las rocas que miraron siglos
Pasar sobre sus testas de gigantes.

Aqui duermen en paz generaciones
Que nuestro mundo abandonaron antes,
Mas sensatas tal vez, mas laboriosas
Que esta que vemos con orgullo alzarse.

Aqui murieron bajo el mármol frio
Sus rencores, sus ódios y maldades
¡Aqui no hay ambicion, porque en la tumba
Se descansa y no mas; se duerme en paze.

¡De qué han servido á los que aqui reposan
Los honores del mundo relumbrantes
Si una tumba tan solo aqui les llega
Para el sueño dormir de las edades!....

¿De qué la ciencia y su pomposo brillo?
Tan solo vanidad de vanidades
Orgullo necio que á los hombres ciega
Y que no les impide aniquilarse.

¡Soñaron y no mas..! Aqui reposan
Hasta que Dios del firmamento baje,
Y al vibrar de la horrisima trompeta
Juzgue recto y severo á las edades.

Y entonces de la tumba pavorosos
Esos que duermen tornarán á alzarse

Y en confuso tropél, despavoridos
Su sentencia escuchar irrevocable.

¡Oh entonces los vereis á ser tornando
Pálidos y ateridos los semblantes,
Detestar sin que valga su despecho.
Los antiguos rencores y maldades!

II.

Pero el hombre aun en la tumba
Quiere mostrar sus honores,
Y los muertos entre flores
Sus nombres graban aqui.
Y con títulos pomposos
Cubren el mármol losario
Y nomiran ¡orgullosos!
Que no hay mas que polvo allí.—

Aqui yacen olvidados
Del hijo, de esposo, amante
Los que marcharon delante
De este mundo engañoso.
Y otros van fingiendo llanto
Para que el mundo les crea
Que grande fué su quebranto,
Grande, fuerte su dolor.

Aqui yacen hermosuras
Que el mundo lloró un instante
Mas volvió con sus locuras
Y del muerto se olvidó.
Aqui sábios estimados
A quienes dieron coronas,
Hoy han sido ya olvidados...
¡Nadie de ellos se acordó!

Y esas flores que la tumba
De algunas tal vez decoran,
No significan que lloran
Los que las dieron allí.
¡No: que tan solo pusieron
Esas cintas y coronas,
Porque *sábias* no quisieron
Que las criticaran, sil..

Solo una vez en el año
Viene en tropel aqui el mundo
Para mirar como extraño
Las tumbas que aqui se ven.
Y lágrimas fingé impio
Y dolor ante la muerte;
Mas luego abandona frio
Los muertos hasta otra vez.

Solo queda nesimismo
En un dolor inclemente,
Ese niño que postrado

Sobre una tumba ahí está.
Llora: y es un triste llanto
Sin duda muy verdadero,
Llora un padre y su quebranto
es el único quizá. —

III.

Ya entre nubes velada en el oriente
Su faz asoma la plateada luna
Sola recorre su nocturna senda,
Ella queda no mas ¡ay! con las tumbas.

Solo se escucha ya de cuando en cuando
El lúgubre chillar de la lechuza;
Y hasta el viento se aduerme murmurando:
¡Nada la paz de los sepulcros turba!

CAMILO P. DE VILLAAMIL.

Enero de 1861.

LA PROVIDENCIA Y LA FLORECITA.

¡Modestas hijas del pueblo! Acabo de saber una historieta entre vosotras ocurrida que me ha enternecido, y á la cual quiero consagrar hoy mi pluma, mas dispuesta á simpatizar con el humilde que con el orgulloso. Que aparten, pues, los ojos de estos renglones cuantos necesitan las erugientes sedas, las ricas joyas y los dorados placeres en las páginas del escritor para interesarse por sus personajes. Mi heroína no pisa otras alfombras que el césped de los campos, ni se adorna con otras perlas que las santas lágrimas de la desgracia y la virtud.

Hasta la edad de doce años gozó sin embargo de comodidades. Su padre, honrado artesano que la idolatraba, por tal de verla sonreír se hubiera condenado al trabajo eterno de Sísifo. Dominábale el perpetuo afán de darle una educación esmerada, de satisfacer todos sus deseos, y de reconciliarla con su suerte. Miguel olvidaba el domingo sus fatigas de la semana entera contemplando á Flora, ó, mas bien, á Florecita, segun la llamaba cariñoso, vestida de blanco como un jazmin, oyéndole cantar al piano los aires pátrios que conmueven los sencillos corazones, ó sacándola á pasear en carruaje por las afueras de la Habana. En seguida la llevaba por la noche al teatro, lloraba con las peripecias de la pieza, se enfadaba con el autor si dejaba triunfante la maldad, y se retiraba admirando la inteligencia superior de su hija, que habia comprendido desde luego lo que él tardara en comprender. Los monarcas no duermen por cierto tan felices como dormia el artesano despues de un dia por el estilo, y mas de uno hubiera tenido razon en envidiarle el contento con que de nuevo comenzaba en la inmediata mañana sus penosas ocupaciones.

Enternecia la especie de respeto con que adoraba Miguel en Florecita el alma poética, el carácter contemplativo y la elevada mente de que carecia su or-

ganismo vulgar. Si al entrar en su aposento entonando ruda canción, la hallaba inclinada sobre un libro callaba de golpe con una veneración hácia la muger y el estudio que no siempre experimentan los que la echan de ilustrados. Pero Florecita preferia el amor de su buen padre á la misma sabiduría. Al instante corria á su encuentro, le echaba al cuello los brazos y exclamaba imprimiendo el carmineo lábio en sus manos callosas:

—¡Déjame besarlas! El trabajo y la honradez las han santificado para tu hija!

Un domingo que ambos, con la envidiable alegría que algunas horas de solaz proporcionan á las laboriosas existencias, atravesaban en carruaje de alquiler el paseo de Tacón, un pobre perro ahulló tristemente. Una rueda del qui trin lo habia lastimado. Recogiólo Florecita y renunciando á su grata escursión regresó á su domicilio para encargarse de la cura del animal. El perro, que era feísimo, apenas recobró su salud salió á la calle, pasó una semana fuera, y retornó á continuación tan macilento, tan súcio, tan enflaquecido, que Miguel lo rechazó con asco. Pero su hija triunfó pronto de su antipatía hácia el miserable cuadrúpedo diciéndole con dulzura:

—Padre, cuando te leí en alta voz la novela del gran poeta francés titulada «Nuestra Señora de París» te interesaste mas por el deforme y agradecido Cuasimodo que por el hermoso y egoísta Febo. No desmientas ahora con las acciones los laudables sentimientos que manifiestas con las palabras.

Así logró la piadosa niña acoger bajo su amparo al mas feo de los perros, á quien por su exterior defectuoso llamó «Cuasimodo.» ¡Sagrada compasión! ¡Bendita seas, pues tiendes en todas circunstancias á proteger al débil!

La única persona que reprochaba á Miguel su adoración para con Florecita era su cuñada, muger limitada y grosera que miraba con malos ojos la educación superior á su clase que aquella recibia. Marcela detestaba los libros y el perro que introdujera la adolescente en la morada del hermano de su marido.

—¿Estás loco, Miguel, para educar á tu hija como una señora, enseñarla á despreciar su estado, y halagar sus caprichos hasta el punto de dar tu pan á un animal horrible?—exclamaba con enojo.—¿Qué será de Flora cuando te pierda?

—Sus conocimientos le permitirán ganar la subsistencia honradamente ínterin no se case—contestaba Miguel.

—¿Y si mueres ántes que esa muñeca de alfeñique sirva para otra cosa que para gastar dinero?—añadia Marcela, irritada.

Entonces el artesano enmudecia confuso. Florecita se enrojecia de indignación, y Cuasimodo, como si entendiera lo que pasaba, prorrumplia en la-dridos amenazadores.

El dia mas dichoso del año era para Florecita el del santo de su padre. Sorprendia el buen gusto con que para celebrarle disponia el servicio de la mesa, la engalanaba con ramos, de rosas, y transformaba en elegancia la sencillez. Una vez, en ese dia especial, el regocijo del artesano llegó á su colmo. A la hora de los pos-

t res recitó Florecita unos versos de su composición en los cuales la tierna musa enviada por Dios á las almas puras y entusiastas encomiaba las virtudes del pueblo representadas por Miguel. Este aplaudió llorando de júbilo la inspiración patética del amor filial. Marcela, por el contrario, se burló de los sentidos conceptos que no comprendía.

Recogieronse aquella noche el padre y la hija rodeados de felices ideas; pero los abullidos de Cuasimodo turbaron antes del alba su apacible albergue. Corría el perro del aposento de la niña al de Miguel ladrando de un modo lúgubre. Despertada por ellos Florecita tuvo miedo. Un profundo suspiro que creyó oír á su lado aumentó su pavor. Llamó á su padre con ansiedad, y solo otro suspiro lento, triste, solemne, respondió á su angustiado acento. Olvidando al escucharle los terrores de la niñez, Florecita se arrojó del lecho, asió una lámpara y se dirigió, precedida de Cuasimodo, á la alcoba del artesano. Dormía él con el rostro pálido y los labios entreabiertos. Imponente gravedad había sucedido á la benévola expresión de su semblante. Florecita lo tocó estremeciéndose. Estaba frío como la gran libertadora que acababa de separar su espíritu de su cuerpo mientras soñaba con Dios y con su hija. Miguel había muerto!

A las pocas semanas habitaba Florecita con sus tíos en la hacienda de labor que poseían los últimos en la Vuelta-Abajo. A pesar de su dolor inmenso la huérfanita se esforzó en vencerlo para ayudar á Marcela en las tareas domésticas. Sabía que de otra manera la hubieran maltratado, y echado á la calle á Cuasimodo.

Una existencia de tormentos empezó de improviso para la delicada planta trasladada del jardín paternal al desierto de la desafección. Ni siquiera podía sentarse Florecita á llorar un rato, temerosa de que la calificaran de holgazana y vagamunda. Miguel la había dejado huérfana en una edad en que su educación incompleta no le permitía utilizar sus primeros estudios. Marcela había vendido sus libros para pagar el entierro del artesano, y privada á la vez de todo lo que amaba únicamente de noche se hallaba en libertad de deplorar su miseria.

¡Cuántas personas dominadas por la convicción instintiva de su valor luchan con la suerte, que se empeña en sofocar sus distinguidas dotes, y víctimas al fin de la adversidad ceden su legítimo puesto á las vulgaridades afortunadas! Florecita pretendió al principio probar á su tía que no naciera para manejar el jabón y el estropajo. Pero una bofetada de Marcela la redujo al silencio y la pobreza cortó una vez más sus nobles alas á la *Poesía*, impidiéndole reconocerse á sí propia en el círculo de las groseras realidades que la destruyen.

¡Oh! Y fué lástima en verdad porque Florecita había nacido para Sacerdotisa del templo de las nueve Vírgenes. Se lo anunciaba el misterioso deleite con que admiraba la transparencia del cielo azul y la corona de fuego de la borrasca. Se lo anunciaban también sus santas lágrimas, que corrían cristalinas y puras como las aguas de la sagrada fuente que fertiliza el Parnaso. Pero su amor á la Naturaleza, maestra sublime que

da lecciones en un libro agosto, le atraía continuas mortificaciones. Marcela la llamaba nécia y loca si la sorprendía enagenada ante la sombría pompa del huracán, ó siguiendo con los ojos el argentado carro de la luna por el espacio infinito. Así crecía la adolescente víctima de un organismo elevado en medio de maquinias pequeñeces. Solo un amigo la acompañaba en su penosa ruta; el leal Cuasimodo, con quien dividía su escaso alimento.

Ignoraba el pobre perro los disgustos que proporcionaba á su cariñosa dueña obligada á defenderle de la constante animosidad de su tía. ¿Faltaba un pollo en el corral? Cuasimodo lo había robado. ¿Se hería un lechón en el *morte*? Cuasimodo lo había mordido. Agregad á esto la oposición de Marcela á mantener bocas inútiles y comprendereis el valor de que necesitaba revestirse Florecita para conservar el infeliz cuadrúpedo á su lado.

El alba de la juventud asomó, pues, en el horizonte de la hija de Miguel sin traerle otra cosa que tristezas. No las hubiera ella empero cambiado por el rudo alborozo de la familia de sus tíos. Vivir sin pensar, como los brutos, la horrorizaba más que la desgracia. Aquella gente, que creía haberla aprisionado, era esclava de la materia, mientras su espíritu, libre como el aire, recorría la inmensidad. ¡Oh! Un alma superior no es sierva nunca.

El peor sufrimiento de la joven dimanaba de los injustos castigos que recibía su fiel perro. Apenas acudía á su socorro reprochábale Marcela lo que comía el animal como si el trabajo de su ama no lo pagara con usura, y Florecita lloraba diciendo:

—¡Dios mío! Inspírame la primer virtud del desdichado! La paciencia!

Imposibilitada de día de entregarse á ninguna clase de lectura se engolfaba de noche en la de cuantos papeles impresos encontraba, ó se ponía á escribir la humilde historia de sus secretos dolores. Después se acercaba á la ventanilla de su cuartucho, contemplaba el estrellado cielo, y murmuraba con lastimera voz:

—¡Ahí tras esos mundos luminosos, moran Dios y mi padre!

Una noche, durante su melancólica meditación, Cuasimodo depositó un bulto á sus pies. Era un tomo de las obras de Chateaubriand, poeta religioso y triste que nunca escribió versos. Apoderóse Florecita de él, lo abrió con el afán del sediento que tropieza de repente con un límpido arroyo. Pero, cuando le hubo llevado en las noches subsecuentes diez ó doce volúmenes trancos de diferentes autores, al admirar su inteligencia condenó su audacia.

—Cuasimodo ha notado que no lloro interin leo, y me suministra los objetos que me ve en la mano durante mis horas de serenidad, pensó conmovida. Sin embargo, como apesar de su buena intención comete un robo, no debo autorizarlo con mi tolerancia.

Aguardó en consecuencia que Cuasimodo repitiera sus regalos y expresándole su disgusto con elocuentes señas lo arrojó de la casa con el libro en la boca. El entendido animal se dirigió al momento hácia la próxima finca, de donde lo extrajera. ¡Ay! Sorprendido en el acto de la restitución fué declarado ladrón de

papeles y sentenciado por la implacable Marcela á morir ahorcado.

¡Júzguese de la desesperacion de Florecita al oír pronunciar el cruel decreto! Acusando á su tia de abusar cobardemente del desamparo de su horfanda le inspiró la furiosa cólera que experimenta la tiranía contra las víctimas, que se revelan cansadas de padecer. Marcela echó al cuello de Cuasimodo un lazo corredizo, y su deplorable fin hubiera probado que los delitos de los perros no permanecen impunes, como los de muchos hombres, á no haberse interpuesto el dueño de los libros robados, rico mancebo que se hallaba de temporada en la indicada finca, y que dando algunas monedas á Marcela para aplacar su saña consiguió estituirlo vivo á Florecita, la cual, pálida como la muerte, balbuceaba gimiendo:

—¿Dónde estás, Providencia, que no me socorres?

Desde aquel suceso el bello y opulento Fernando persiguió á la huérfana cuando iba á reunir, como la Zarcilla de E. Sue, los pavos errantes. El también hizo la rueda en torno de la indefensa jóven tratando de pervertirla con lisonjas, con promesas y regalos. Su seducción se estrelló impotente contra la rectitud de un alma pura. «Prefiero sufrir á avergonzarme»—le dijo la hija del artesano con invariable firmeza.

Indignado Fernando de no poder comprar la virtud con el oro corrió una tarde por la solitaria sábana en pos de la paloma fugitiva. Cuasimodo le obligó á detenerse mordiéndole una pierna. Entonces Fernando armó su escópeta de caza, apuntó casi á boca de jarro, y el perro cayó ensangrentado sobre la yerba.

—¡Malvado! La furia de tus vicios me priva de mi único apoyo!—exclamó Florecita, abrazando al animal como á un amigo moribundo.

La detonacion del arma de fuego atrajo gente; Fernando regresó á la Habana humillado con el ruido de su brutal aventura, y el honor de Florecita quedó ileso. Cuasimodo habia empezado á pagarle la deuda de la gratitud. Respecto á sus heridas, como se reducian á lastimaduras de municiones, se cicatrizaron pronto.

Otra tarde que la huérfana, de pié en la desierta llanura, aspiraba con deleite el aire libre y perfumado de los campos, Francisco, el hijo mayor de Marcela, se le acercó diciéndole sin rodeos que la habia elegido por esposa. Florecita sintió al escucharle la inmensa repugnancia que causa á un corazon delicado la idea de pertenecer á quien no ha sabido conmoverlo—y arrastrada por su honrada franqueza respondió imprudentemente:

—¿Yo tu muger, Francisco? ¡Jamás, jamás!

Ofendido el rústico con su repulsa alzó la mano como para recurrir al sistema con que creen obtener los rusos el sumiso amor del bello sexo. Pero Cuasimodo, que segun parece no simpatizaba con semejante método, comprendiendo el enérgico ademán dió un salto, abrió la boca y quedó colgado de aquella mano aleve. El grito de Francisco sacó de su estupor á Florecita. Mandó á Cuasimodo soltar la presa y cayó de rodillas murmurando:

—Perdon para él!

—Mi madre os ajustará la cuenta á los dos—replicó Francisco alejándose.

Antes de volver á su aborrecible morada la huérfana se sentó á llorar en una piedra: Con la cabeza del perro apoyada en sus rodillas repetía segun su costumbre:

—¿Dónde estás, Providencia que no me favoreces? ¡Ah! ¿Será cierto, como los ateos aseguran, que no existes? Yo no lo creo, y si en la tierra me olvidas en el cielo me ayudarás. Vamos, Cuasimodo: vamos al tormento.

Marcela, en efecto, la recibió con un torrente de injurias por su insolencia en rechazar los votos de su digno hijo. Mientras tanto Francisco se apoderaba á traicion de Cuasimodo, se encerraba con él en un aposento, y se vengaba moliéndolo á palos.

—¡Gracia para el infeliz animal! gritó desesperada con sus ahullidos Florecita. No lo mates, Francisco, ó rogaré á Dios y á mi padre que te maldigan.

—Acaba de una vez con ese horrible bruto, dijo Marcela.

Y Cuasimodo apesar de la angustia de la jóven, que pocos comprenderán, porque pocos felizmente tienen por solo amigo un pobre perro, hubiera perecido á manos de su verdugo á no haber saltado por la ventana de su prision, y corrido á refugiarse á los piés de su dueña.

—Dejadle! exclamó la última con un acento que impuso á sus enemigos. Mañana me iré con él á donde nadie nos ódie.

Marcela no quiso llevar las cosas mas lejos. No le convenia perder los servicios de su pupila. Le permitió retirarse á su cuarto con el perro, y se contentó con escarnecer sus tristes lágrimas.

Florecita no partió empero á la mañana siguiente. Habia llorado tanto que le dolian la cabeza y los ojos de un modo insoportable. Su mal en vez de disminuir aumentó lo bastante para inquietarla. Ya no podia leer de noche ni contemplar las estrellas sino desde el fondo de su melancólico corazon. ¡No veia!

Dos meses despues de su querrela con Francisco al levantarse la jóven del lecho se encontró sumergida en las tinieblas de la noche aunque los rayos del sol le daban en el rostro.

Tened lástima de la huérfana, y de los perversos que le negaron su apoyo en semejante situacion! Yo he visto á Florecita atravesar las calles de la Habana pidiendo limosna, y guiada por un perro tuerto y cojo. Yo le he oido repetir con plañidera dulzura: «Santa Providencia, dónde estás que no te dignas auxiliarme?.....»

Y parecíame que voces de ángeles le contestaban suavemente:

—No siempre se muestra la Providencia por medios visibles: pero en cambio siempre son los últimos en la tierra los primeros en el cielo!

En fin, un dia ocurrió en una calle de extramuros una cosa singular. El dócil Cuasimodo rompió el cordoncillo con que lo sujetaba Florecita, se lanzó sobre un transeunte de simpático exterior, y cubriéndolo de caricias pugnó por conducirlo hácia la ciega. El individuo en cuestion dijo al recibir sus halagos:

—Ya te conozco perillan. Me abandonaste la primera vez que visité de paso la Habana, y pretendes

convencerme ahora de que superas en fidelidad al perro de Ulises.

—Cuasimodo no es ingrato, señor! exclamó Florecita, refiriéndole la historia del perro, ligada á la suya.

—Segun eso el animal se quedó en tierra contra su voluntad interin yo continuaba mi viaje á la América del Sur, donde me he enriquecido practicando la medicina, repuso el antiguo dueño de Cuasimodo, que era distinguido oculista. Segun eso, interesante jóven, adoptó V. por compasion el pobre cuadrúpedo á quien yo por lástima de su fealdad acogí igualmente bajo mi amparo! ¡Ah! ¡Llor á Aquel que colocó en nuestras almas el noble sentimiento que nos reune por medio de una buena accion, y que me hará cuidar de V. como V. cuidó de mi perro!

El oculista se encargó de la huérfana, la llevó á Europa, destruyó las cataratas que empañaban sus hermosos ojos y se ha casado con ella. Quizá algun dia los sonidos de una arpa celeste atravesando los mares revelen á Cuba el mérito de la hija ausente á quien, como á Luisa Molina, saludó el génio en una cabaña. Entonces pronunciaré el verdadero nombre de Florecita; entónces os diré: ¡Ella es!

¡No dudeis nunca de la Providencia, y obedeced siempre á la compasion!

FELICIA.

PATRIA.—FIDES.—AMOR.

Á LA CARIDAD.

ODA.

Charitas ex toto corde.

Vosotros que mecidos
En lecho de marfil y de oro y flores
Perpetua juventud, dicha y amores
Aspirais embebidos
Al dulce son de harpados ruiseñores;
Como la enredadera
Que grata primavera
En su verdura ostenta y su follage,
O cual águila altiva
Que á los aires se sube en ánsia viva
Por dar un trono al sol con su plumage!

Ah! no del turbio Sena,
Ni del Vistula helado á las orillas,
Otras mas gratas auras por oillas
Busqueis el alma llena
De imágenes de gloria y maravillas;
Que vuestros corazones
Herirán los arpones
Del desengaño cruel y del hastio,
Desque ya todo el pecho
La pasion desgarrara en su despecho,
Muerta la fé y el sentimiento frio.

En la noche callada,
Cuando se aquietta el mundanal tumulto;
La luna ostenta su poder oculto;
La póveda azulada
Rinde al Señor en sus estrellas culto,

¡Oh! tu amigo anhelante
Sigue mi planta errante
Con cariño, con fé, dulce, amoroso;
Que una santa alegría
Vendrá muy luego con la luz del dia
En tu pecho á verter álmo reposo.

Alli mísero infante
Yace en el heno, de llorar ya ronco:
Pálida jóven, cual inmóvil tronco
Es á sus pies delante
Dando por veces un respiro bronco:
Una anciana encorvada
Solloza allí angustiada
De insectos sin piedad entre un enjambre....
A todos su beleño
Niega insensible á su dolor el sueño,
Dejándolos, cruel, presa del hambre.

Como en la roja arena
Del Africa abrasada, humo lanzando
El líbico leon, duerme agitando
Sus nervios y melena,
Sobre el chacal sus iras concitando;
Mira aquel valeroso
Mancebo generoso
Que al pié de un árbol duerme un sueño falso....
Hacina fiebre ardiente
Mil miserias ¡oh Dios! sobre su mente
Y por término ve solo el cadalso.

Y esa Virgen sencilla
¡Beldad radiante, de un querub destello.
Antes que al deshonor rendir su cuello
La acerada cuchilla
Sienta ¡que horror! pasar por su cabello....
O el arcabuz preñado
Del plomo despiadado
Cercano á disparar sobre su frente
De aquel Génio sublime.
Que á las obras de Dios valor le imprime
Con su vena inmortal, rica esplendente!

Oh! no, amigo adelante
No pasemos ya mas; que por rendido
Me doy y tu tambien has fallecido
Al tétrico semblante
De ese mundo, sin galas, desabrido.
¡Quien de creso el tesoro
Tuviera en urna de oro
Y sintiese de amor el sacro fuego!
¡Ricos....! á vuestras plantas
Yo me arrojo con fé...—¡Las iras santas
Temed, si desoís, duros, mi ruego!

Del oro, que escondido
Teneis en peña oculta, recelosos,
O con afan de lucro, codiciosos,
Por la tierra esparcido,
Unas cuantas monedas, generosos
En tanto desgraciado
Repartid con agrado;
Que, subidas sus lágrimas al cielo,
Bajarán refulgentes
¡Luceros de piedad á vuestras frentes!
¡Bálsamo de salud y de consuelo!

¡Ah noche funeraria!
A tu pálida antorcha dolorida
Sus entrañas la tierra conmovida
Abre, cual pasionaria
Que á su cáliz de angustia nos convida.
El sol á tantos males

Vela con sus raudales
De purpurina luz..... Por eso el hombre,
Erguida la cabeza,
Pasa sin reparar tanta tristeza,
Sin que la adelfa, ni el ciprés le asombre.

En los desiertos mares
Que el indo solo con sus redes doma;
Ve algun peñasco en la empinada loma,
Cual Dios de nuestros lares,
Blanca avecilla (1) en alta noche asoma
Quién para el navegante
¿La puso vigilante...
—¡Providencia de Dios! ¡límpido faro!
¡Ave célica, hermosa!
Eres la *CARIDAD*, que viene ansiosa
Por ser de los mortales el amparo.

Oh, si! en el cielo riges
Con armónicos sonos las esferas:
Con aliento suavísimo moderas,
Enfrenas y diriges
Al cometa perdido en sus quimeras...
Mas ¿cómo en largo duelo
Dejaste, un tiempo el suelo
Y solo al patriarca venerable
Bajo de áurea palmera
El humor de tus lábios, lisongera,
Le dabas y en redor un aura amable?

Sin tu lira armoniosa
¿Qué fué del hombre mísero en el mundo?
Lágrimas y dolor; ódio profundo:
Hecatombre horrorosa
A la vil decepcion y el vicio inmundo.....
Besaba sus cadenas:
Luchaba con las hienas:
Pasto de un pez para un festín á veces.....
En su lenta agonía
Evocaba deidad la tiranía
Y encontraban rencor solo sus preces

Mas, al fin, el tu nido
Has hecho acá en la tierra en bienandanza
Des que al *hijo de Dios* abre una lanza
El *pecho* y ha salido
Agua y sangre, esparciendo la esperanza...
Oh! tu la recogiste
Y con ansia bebiste,
Y al punto, activa, con afan contino
La gran obra empezada
Por todo un Dios seguistes esforzada,
La *humanidad guiando á su destino*.

¡*CARIDAD bienhechora!*
Pues tu asiento inmortal es ya la tierra
Y un cingulo de amor la estrecha y cierra,
Te aclame redentora
Llena de gratitud toda la esfera.....
—Bien se sintió tu anhelo
Del Libano y Carmelo,
De los nevados Alpes en la cumbre;
Donde el colibri canta;
Donde el caiman con su rugido espanta;
Do mas esquivo el sol echa su lumbre.

En el voraz incendio
Desvelada te he visto y animosa,
Y allá en negra mazmorra tenebrosa

(1) No es esta una ficcion poética: esas aves con esa mision providencial se ven en los mares de América: Chateaubriand.

Del moro al vilipendio
En los tiempos pasados cariñosa:
Tambien en una nube,
Cuando al suplicio sube,
Algun reo infeliz: con la ramera
Llorar, y en anhelante
Afan, de un infestado agonizante
Recoger el aliento placentera.

¡Esa grata campana
Que las nieves del Alpes han tañido:
Ese perro que alumbra; ese ladrido
Por tanta roca ufana
Con piedad en sus senos repetido!
¡Tan grande maravilla
Que los astros humilla
¿No es obra tuya di?... Mas ¿quién osado
Tus lauros y coronas
Puede contar sin yerro en cuantas zonas
La lumbre de tus ojos ha bañado?

Como de plata y oro
Borda en ligero tul castos amores,
Barcos, castillos, pájaros y flores
De vírgenes un coro,
Disputando su gracia en las labores;
Así á todos los males
Ermitas, hospitales
Lechos, asilos, cátedras, conventos
Ella esparció en la tierra
Sin que la espante el hierro, ni la guerra;
La peste, el clima ó déspotas violentos.

Ah caridad! tu gloria
Sube lejos del sol, de cielo en cielo:
Yo no puedo seguirte, no, en tu vuelo,
Que ofuscar mi memoria
Las proezas, los triunfos de tu anhelo.
Mas como los humanos
Se retiran las manos.....
¡No desmayes, deidad! sigue afanosa:
Que si te dan enojos
De este suelo las zarzas, los abrojos,
Por ello eres su flor, su gala hermosa.

Esos grandes inventos
Que del fuego han brotado, generosos,
El vapor y el *telégrafo* animosos,
Mas leves que los vientos,
A confundir los pueblos desdeñosos.....
—Esos tus alas sean
Y mis ojos que vean
Cual vagorosa vas de polo á polo.....
—A tu soplo divino:
Reconocer los hombres su destino;
Formar la humanidad un pecho solo.

ANTONIO SANTIAGO SOMOZA.

CARTAS DEL P. SARMIENTO.

SOBRE NUESTRA INDUSTRIA.

Hermano Javier. Los que no tienen ochavo ni blanca quieren consolarse con proyectos.
Estoy apestado de saber quienes son los que acá muelen al Ministerio con proyectos disparatados. To-

do proyecto se habia de fijar un año en las esquinas, antes de leerse para que los desinteresados descubriesen los inconvenientes y resultas, y que con esos comentarios se leyesen. No se hubieran tentado tantas necesidades, si, como es justo se tentase esto primero.

La compañía de lienzos en Galicia para extracción de ellos á la América, es el mas garrafal desatino que se ha soñado y la mas perniciosa providencia que se pudo proyectar para aniquilar ese pobre reino, con solo el útil de que cuatro picaros que ya tienen estancado el dinero á millaradas, lo aumenten á millonadas para ponerlo en Madrid.

Así no te canses en persuadirme conveniencias superficiales, que en el fondo son perniciosidades verdaderas. Campos es el país y *fontuaxe* del trigo, é infinitamente mas abundante en este género, que Galicia en lino. A poca extracción que hubo de trigo para Portugal, ya Campos, los países vecinos y esta Corte, estamos pagando caro las resultas. Qué sería si hubiese compañía en Campos de trigo, para extraerle á la América y en navios?

Repito que á un solo navio mediano que se cargase de lienzos en Galicia para la América, no solo ese reino, sino tambien casi toda Castilla se quedaria en cueros. Aun estoy mal con tanta extracción para Castilla, y se debía moderar. Lo mismo digo; si á ese tenor se formase ahí compañía de *maiz* y de *leiras* y si nó vuelve los ojos al tiempo de *Murga* y á la comision que tuviste en Bayona el año de 745 y cuyas resultas pagaste ahí á 10 y 12 rs. el *ferrado*.

«Todo género preciso, comun y *simpliciter* necesario para el consumo del comun y multitud, es incapaz de que con él se haga comercio para extraerlo. Por esta razon se opuso, y bien, Santiago á que los ingleses sacasen el *vino de Ribadavia*, siendo así que el vino no es género tan preciso como el *lino*, y hay mas viñas que linares.

El comercio se debe hacer de los frutos que no nos son precisos, y sobran ó pueden sobrar para la extracción y para la introduccion de los frutos que son necesarios, y no los puede llevar la tierra. Esta es la base fundamental del comercio en cuanto á *frutos*, lo demas es fatuidad, tiranía mohatra, inicuidad, monopolio, y dar alas á la usura, ociosidad y perdicion del país.

En cuanto á *manufacturas* hay mas extension, pues apenas hay un país que no sea capaz de todo género de fábricas. De estas unas son para la precisa y comun utilidad y otras para el *lujo*, *regalo*, y solo para gente rica y adinerada. De las primeras no se debe hacer comercio por extracción á regiones extrañas; pero si de las segundas, y estas se deben multiplicar y promover. Una compañía hecha ahí de *fouciñas*, *legones* y rejas de *arado*, sería inicuá; porque con la extracción valdria un *legon* mucho dinero y el labrador no le habia de comprar con el dinero del comerciante, como hoy no le compra con el dinero de los asturianos.

Peró si ahí hubiese fábricas; v. gr. de *muestras*, (1.) *sombreros de castor*, *tontillos*, *cajas* y todo género de vasijas de *oro* y *plata*, *utensilios curiosos* de laton,

(1.) Relojes.

cobre, estaño y aun de hierro, etc., caia bien sobre eso el comercio, y la extracción; ya por que del reino no salia dinero para comprarlo, y ya porque utilizaria mucho con la extracción y se quitaba mucha ociosidad. Lóndres ni Paris no tienen mejores in-flujos celestes para que solo allí, y no en Pontevedra, se puedan fabricar dichos géneros, si ponen ahí las *manos* y el rey quisiere que se pongan.

Estoy cierto que mas *jabon* se gasta en Galicia que en Castilla, y que así de este género, como de *aceite*, sale infinito dinero de Galicia. Sabes lo bien que va probando el plantio de olivos en las provincias de *Valdeorras*, *Orense*, *Quiroga* y *Tuy*. El jabon solo se compone de *aceite*, *fuego* y de la yerba *barrilla*, que crece sobre la cabeza de un tiñoso. Dáse en países salitrosos, y marítimos, remítote inclusa la *semilla* de la dicha *barrilla*, para que tientes si sembrada hácia *Campo Lengó*, *Mollavan*, y en otras partes nace.

Esto lo encomendarás á nuestro sobrino *Millan*, que es curioso. Si ahí pega la *barrilla*, pegará en las inútiles gándaras de *Budino*, *Salcido*, *Cercido*, *Guillarei*, y en otras cien partes; y una vez que pegue ahí, se podrá fabricar el *jabon* utilizando el aceite malo y abaratará el género, y no se extraerá tanto dinero.

«La misma *barrilla* con *pelouros*, ó guijarros y fuego, son los únicos ingredientes para el *vidrio* y *crisales*; y si pega la *barrilla*, se podrá poner fábrica de *vidrios*, en país montuoso que tenga leña; y abaratará el género y no se extraerá tanto dinero. Pocos años hace que en Balsain se puso fábrica de cristales de *tres* y *cuatro varas* y traen la *barrilla* de Murcia y Mancha y Balsain no tiene mejores astros que Galicia.

La *seda* no es tan preciso género en Galicia como el lienzo. Si se entablasen erias de gusanos como en un tiempo los habia en Monforte, sería la cosa mas útil que se podia proyectar para Galicia, aun contentándose con las *mádejas en bruto*. En los *granos* apenas se gana: en los *vinos* se gana algo: en el *aceite* mucho: y en la eria de *gusanos* infinito. Lei cuanto hay escrito de eso y tengo certeza de lo que digo.

El país es propísimo para *moreras*; el no tronar en verano en esas partes marítimas es otro tanto oro para asegurar la eria: la manipulacion toda, apenas pide *tres meses*. El ejercicio es de *señoras* y de gente que no va al campo y casi se toma por diversion; y es una diversion que trae infinito útil, ya en que abaratará el género, ya en que no se extraeria tanto dinero, si de *bruto* se pasase ahí á telares; ya en que extraido en bruto, entraria mucho dinero en Galicia.

Justino supone excelentes las aguas de Galicia para todo temple de hierro y *acero*, para todo género de *armeria*. Desde Rivadeo á Portugal hay una cordillera para herrerias, con vena y leña para multiplicar no solo herrerias sino para poner allí fábricas de todo género, sin necesitar que vengan de fuera y aun podrian surtir para extracción. Allí se debía poner la fábrica de hierro colado, y no saldria tanto dinero para *Potes*, como estestigo *Felipe el Barquero*.

Las minas de cobre de Valdeorras debian servir para que en Galicia se pusiesen Martinetes y fábricas, con manufacturas de *cobre* de todo género, y que pudiese aguantar alguna extracción, y si las famosas de estaño de Monterrey se utilizasen, se podrian poner con la mezcla manufacturas de *bronce y latón*; y ahorrar tanto dinero como por el *pellre* sale para Inglaterra.

No han de creer los venideros lo que con la *sal* pasa en este reino; que teniendo mas de 150 leguas de costas de Océano y con mil sitios para *salinas*, le venga y necesite venir la sal de países extraños; pues el mismo útil percibiria el Rey si en su costa hiciese salinas reales, en costas retiradas de los pueblos; para que un tanto no me arguya que son dañosas.

Los *paños* me han dado que discurrir, pues ahí no hay *lana* para ellos; y siendo cierto que por ellos se extrae mucho dinero de Galicia, era preciso tomar alguna providencia, cuando no para la *extracción*, á lo menos para el *consumo*. Pero me rio de los que dicen que en Galicia no hay comodidad para fábricas de *paños*. Mienten ó son tontos. Mas cerca está Galicia de la Estremadura y Leon que Inglaterra; y aun, que Bilbao de los lavaderos de Segovia. En la cordillera de Galicia que he dicho, hay mil sitios de *agua, leña y gente pobre*, para poner fábricas de paños, con solo traer las lanas de Castilla. Déjenos, pues, el lienzo y tráiganos lanas; pónganse fábricas y de ese modo podrá haber alguna extracción moderada para las Indias.

Es vergüenza se palpase una falta total de *cera* en Madrid por las guerras, y que los maragatos la traigasen en bruto de Galicia, siendo así que España es el terreno mas apto para miel y cera; y era adagio *Mel de Gallecia, como triticum de campis Gothorum*. Galicia sola sin perder terreno para su *maiz y nabos*, podia abastecer de cera y miel á toda España si hubiese cabeza que lo mandase y dirigiese; y la cera, como no tan necesaria, se podria extraer con mucho útil y poco trabajo, y en recompensa de lo que nos extraen á título de *azúcar*.

Siempre voy en la suposicion de que para extracción á países vecinos cualquiera cosa es mucho; pero para la América y en navios de compañías de usureros, todo es infinito. La inieua de caracas con sus usuras, hizo que muchos descepasen los árboles y que todos seamos sus tributarios, sin Dios ni ley; y la iniquisima del *azúcar* hizo que á todos nos amargue el comprarla. Andate á *compañías con exclusiva* de que solo comercien los que se toleran con monopodio.

Si quieren hacer feliz á Galicia hay millonas de medios fáciles, justos, útiles y en favor de todos como llevo propuesto y no se piensa en ninguno; y los que se piensan, en todo van al contrario fin, salvo en que cuatro canallas mas se hagan marqueses, duques, insolentes y señores *do diñeiro*.

Comencé con ánimo de escribir breve y sin pensar me hallé con tanto material y podrás discurrir cuanto papel gastaria si quisiese exprofeso tratar la materia y abrir los ojos á los que viven engañados y descubrir la trapaza de los que quieren engañarnos. No

hablé nada de la *pesqueria*, porque á ti se te ofrece mucho mas que á mi para el asunto; bien sabes que cuando ese lugar era feliz con catorce cercos, ni era *ciudad* ni habia compra de sardina con *exclusiva*.

El duque de Sotomayor dijo en Lisboa, á un amigo mio, que este año habian cumplido en Lisboa con la Pascua 45,000 gallegos y que habiendo visto ochenta gallegos en un corralon, los setenta y cinco eran sus vasallos. ¡Que felicidad! Si salen, mal; y si vuelven, peor. Aeuérdate del *asesino* de Aguas-Santas: del de hácia el Ulló, de los robos de iglesias; de los que andan *a os tesouros* y de los que ahí vuelven con hebillas, ropa de paño y barba negra, á sembrar ociosidades y maldades. Mete á estos en *compañías* y avisa de las resultas y que me avisen los que hoy son *caciques*.

Galicia no necesita aumentar el número de caciques, sino de minorar la infinidad de pobres *infelices* que son esclavos de todos y de la tierra. Todos claman *bien público, bien público*, y los mas mienten sin suelo y nada mas sienten que el que de veras se procure la pública utilidad, pues no podrán ellos hacer carne y sangre de los *bienes públicos* y de los pobres. Ninguno podrá hablar con tanto desinterés como yo, y por eso se miran como fantásticos mis dictámenes. Quisiera saber: cuánto dinero se exigió de esos países para los caminos y cuantas varas de camino se han compuesto para el *bien público* pretestado?

Finalmente digo, que ante todas cosas no hacemos nada con los deseos de diez ó doce, mientras la mayor parte de los compatriotas no se unen y se *ayudan* con sus *haber*es, para empezar á cimentar la resurreccion de ese muerto país que es otro de *arbitrios*, de distribución *tributal*, será iniquidad rematada y duplicar la miseria. Qué se necesita de la *no sujecion á Santiago*, ni aun del rey, para que los que tienen cuartos hagan lo que ahí utilizan los asturianos?

No prosigo por falta de papel y siento que me dé pie para gastar el tiempo en cosas que no pasan de pensamientos alegres. Adios. Madrid y Diciembre 18 de 1748.—B. T. M. Tu hermano.—Fr. Martin Sarmiento.

10 de Setiembre de 1760.

Hermano Javier: Recibí tu carta y me alegro hayas leído mi *pliego* sobre los *Castellanos de Orense*. El Maestro Florez me pidió *copia* y ya dijo en uno de sus tomos, que los primitivos *castellanos* son los de *Orense*. Apáñame esas *bragalloas*. Solicita leer el pliego sobre el *chasco* en la *crus do ferro*, que es curioso; pues pruebo, que el *voto* le han de hacer allí los que van á *Galicia*; no los que vienen de allá.

Siento la indisposicion de Pepe, y que esté tan *descarnado*. Acaso será del mucho *encarnar*; ó de que tu le haces escribir *mucho*. Ninguno de esos *muchos* conviene á su complexion; y la leche de *burra* no me huele bien.

Procura pagar un rapaz que le ayude á escribir; y ten cuidado con él, por que es muy aprensivo.

Ya me espantaba yo que la paga de los atrasos no se embrollase. Todo va así. Que los *ajustes* fuesen en Cádiz, ó el Ferrol; lo *ajustado* se habia de poner en tu mano, con la lista de los acreedores.

Mi tal cual enfermedad no vino de trabajo para otro; sinó para mí. Despues acá he comenzado otro

papel; y ya estoy en el 5.º pliego. Es sobre un feroz animal, que se enseña en Madrid, muy raro entre *Mono, Sotiro, Perro y Hombre*. Yo le vi. Tiene colores, *encarnado, azul, amarillo, blanco*, etc. Pongo con evidencia su historia desde 2300 años hasta hoy día.

Si vá por ahí Don Baltasar, dile que es aquel animal de piedra que está en Roma sobre la *fontana del Babuino*, que está en la *Strada del Babuino*, que vá desde la *Plaza del Pópulo*, á la *Plaza de España*. Será papel de los mas curiosos y eruditos que he escrito.

No pienses te remita copia, pues todos tienen miedo á copiar mis papeles, y todos desean tenerlos.

A Dios: Madrid y Setiembre 10 de 1760.—Tu hermano.—Fr. Martín.—Hermano Javier.

1.º de Octubre de 1760.

Hermano Javier: Recibí tu carta y sea enhorabuena de tu *aventura*, con los *doce Mahometanos*, que andaban por ahí reclutando gallegos para llevarlos á Argel.

Pero no llega esa *aventura* a la que yo tuve el año de 49 con el famoso *Cazorla, capitán de 50 bandoleros*. Así: *Ti pólo mar; é eu póla terra*, nos podemos andar á aventuras.

Hiciste bien en lo que hiciste. Supongo saldrá orden para que salgan navios á dar *caza á los jabeques*; y si no los cazan; bien podrán los de esas costas abandonar la navegacion, y retirarse tierra adentro por no ir á parar á Argel.

Vitor, Vitor á nuestra Marina! Bien informados están los moros de lo que es, de lo que sirve, y de lo que podrá hacer contra ellos en la costa *Occidental*, cuando, estando en un extremo *Cádiz*, y en el otro *Ferrol*, dos almacenes de nuestra Marina, se vienen á pasear á esas costas, sin que ninguno se les oponga, á no ser una *tempestad*.

Con la muerte de la Reina, vuelve el nuevo sistema de confusiones, novedades, discursos políticos; y de seguro de mas albardas para España.

Me alegro que el Maestro *Puga*, Definidor haya pasado á ver esa *Boa Vila*. Sabes que estando yo ahí me regaló á tente bonete; y que hizo mil expresiones conmigo en *Celanova*, y que me acompañó hasta la casa de su hermano, en donde me cogió el terremoto, sin que yo lo percibiese, sinó despues. Así me parece que no correspondiste en el cortejo debido, con una *sola jicara de chocolate*. No sé como está el *pleito* de sus parientes.

Celebro que *Pepe* haya ido á tomar los aires de su país; pero dudo que le sean mas favorables que los de esa *Boa Vila*. Su contestura pide país húmedo, y abstinencia de los dos ejercicios que te escribí.

A Dios que te guarde muchos años: Madrid y Octubre 1.º de 1760.—Tu hermano.—Fr. Martín.—Hermano Javier.—

HONOR A LA VIRTUD.

Tambien el Sr. D. Ramon de la Sagra consagra una lágrima á la inolvidable memoria de nuestro infortunado paisano el Señor Araujo de Lira cuya infausta muerte lloró toda la prensa cubana y peninsular.

De satisfaccion nos sirve en medio del dolor que la motiva, ver cuan grande era la influencia que sus virtudes y talento ejercian sobre el corazon de las mas privilegiadas inteligencias que le habian reconocido como el esforzado campeon de la prensa y

como fundador y director del órgano mas autorizado de la perla de las Antillas. Hé aquí el comunicado del Sr. de la Sagra.

Sres. Redactores del DIARIO DE LA MARINA.

Paris, 7 de julio de 1861.

Muy Sres. míos: A la gran pena que por mas d un motivo me ha causado la desgraciada muerte de mi distinguido amigo y paisano el Sr. Araujo de Lira (Q. E. P. D.) ha venido á unirse, para hacerme la mas dolorosa, el sentimiento de ser tal vez el último en expresar aquella, por la distancia que de esa Isla me separa. Este retardo inevitable, me hubiera decidido al silencio, receloso de la oportunidad de una plegaria mas en el tributo público ya pagado á la memoria del difunto, si los números del periódico que con sumo retardo he recibido, no me diesen á conocer que faltaba mi voz en el triste y unánime concierto de lamentos amistosos que aquellos contienen.

Unania Vds., pues, aunque tardía, porque esto no la privará de ser tan dolorosa y sincera como justificada, atendiendo á que todas las lágrimas derramadas sobre la tumba de mi amigo, ninguna fué, tal vez, tributo pagado con mas imperioso deber por la profunda gratitud á que le era y le será siempre deudor.

Ramon de la Sagra.

O ENTERRO.

—Unhas rulas eu vin onte,
Que juntando os seus piquiños,
Dándose estaban biquiños,
Alá nos pinos do monte;
E dijen con moito afan:
¡Que non quixera Maria,
Facer conmigo este dia,
Ó qu' estas ruliñas fán!
Logo un paxariño vin,
Que ós seus pequeniños daba,
Vermiños, que lles levaba,
E dixen eu para mín:
¡Con que gusto noite e dia,
D' os fillos, que Dios me déra,
Eu eoidara, si quixera
Ser miña muller Maria!—

—A palabra e juramento
D' un home sin corazon,
Vinchinas son de jabon,
Que todas tórnanse vento.
Esto che cantaba Andrea,
Que engañada por ti foi,
E xa seu mal non che doi,
¡Infeliz d' a que te crea!—
—Esa moceña era a luna,
Mais como o sol logo vin,
Tras d' o sol ando sin mín,
Con mais amor que fortuna.—
—Non fagas que mais, te escoite,
Dèjate d' esa porfia,
Que o sol naceu para o dia,

Como a luna para a noite.—

—Ben decia miña nai:

Meu fillo non te anamores,

Que pasa moitos delores,

O que do amor un Dios fai.

Ben decia, pois cruel

Mal non hai que amor no encone,

Ademais, Dios me perdone,

Que en ti penso mais que en el.—

—¿E que mal a coitadiña

De Andrea che fixo, di,

Que tan rogada por ti

Donche o corazón que tiña?

Ela chora, e ti por ela

Ja non padeces agora,

E mentras a pobre chora,

Ti non queres ir a vela.

Vaite d' aquí que non podo

Ver con bos ollos a quén

Rouballe d' a vida o bèn

A unha muller d' ese modo!

Mais triste unha campanilla

Vén sonando! ¿Que será?

Sintese mais cerca ja,

E medo me causa oíla!

Ven! o estandarte verás,

Á cruz, a tomba, e chorando,

D' os cregos que van cantando

Vai unha muller detras.

Dios vos gardé meu amigo:

¿Ese enterro de quen é?—

—E da filla de Tomé

Que Dios levouna consigo!

—¡Filliña!... (a nay aflixida

Vay decindo) ¿En que pequeei,

«Que ja sin ti me quedei,

«E inda Dios me tén con vida?»

—¿Sabes de que mal morreu?

—Por un home, que a deixou;

E contigo vendo estou!—

—¡Non podo velo!—Nin eu!—

ANTONIO CAMINO.

Madrid 15 de Setiembre de 1861.

EL DIA DE DIFUNTOS.

!Ay! !No se oye por do quier sino la campana de la muerte! Cubierto está de luto el templo santo como nuestro angustiado corazón. Los desmayados rayos del sol de Occidente, dan á la tierra un postrero adios. ¡Ay! ¡Que pasa el sol de este dia! Que ya no volverán á verlos los mortales! Se despide de la hermosa ciudad que no ha muchos dias fuera el encanto de una reina. Al tronar de las salvas, al estampido de las descargas de un simulacro de batalla, al estruendo de las músicas guerreras y á los vivos y aclamaciones de triunfo ha sucedido el silencio

de la muerte. Solo es interrumpido por el doblar de la campana. !Ay! los ecos lastimeros del valle y de la montaña, vienen á los oídos sobre una ráfaga de viento hasta la ribera y de aquí parten extendiendo su gemido por el ancho Occéano. Es la voz del ángel de la muerte, del ángel triste que con negra y flotante túnica nos avisa desde el espacio á la caída de la tarde, cuando el sol se pone. ¡Ay! !Como empuña la espada ese mensajero del Señor, aquella espada que cortó el hilo de la vida al cisne de la Coruña en su lecho de agonía; al bardo de Compostela en las aguas de este mar sin ser abogado en sus olas, cuando los dos se contaban en la flor de sus dias amenos!

No cesa el agudo lamento de la campana funeral: ¡Ay! No creais que su voz es otra que la del ángel que nos recuerda la proximidad de nuestro fin. Si, es él, que tiende su vuelo y pasa magestuoso y llorando por sobre todos los pueblos y se detiene lo mismo encima de la aldea solitaria, de la falda de la sierra con sus cabañas denegridas, que de las córtes opulentas con sus dorados palacios. Muchas lágrimas ruedan hoy por las mejillas del ángel de la muerte. ¡Ay! estas lágrimas solo son recogidas como en un sagrado cáliz por las almas que se enternecen, humillan sus frentes en el polvo, contemplan su fin, y en tan preciosos instantes graban su memoria en el ayer endurecido corazón y rezan al Dios de las misericordias, por las otras almas queridas que dejaron este mundo y que hoy removida la tierra del sepulcro, salen y cruzan sobre nuestras cabezas y vagan anhelantes demandando ese consuelo á los corazones que amaron y que siguen amando allá en la otra vida.

Cada nuevo sonido de la fúnebre campana acerca mas á nuestro lado á nuestro ángel custodiador que nos habia como abandonado; pero, no, que nos seguia siempre detrás como el amigo fiel, como la amante madre que en las circunstancias mas peligrosas no abandona á su hijo perseguido. ¿No le veis? Si, él va á nuestro lado. El es el que nos guia al lugar de los sepulcros. Con él vienen los que fueron custodios de nuestros padres, de los esposos, de los hermanos, de los amigos.

El santo ángel nos guia. Su brazo blanco y suave ciñe nuestro cuello y su dedo celestial nos señala la puerta del cementerio bendito mientras los que le acompañan con sus dulces é insinuantes miradas nos ense-

ñan las sepulturas de los que tanto hemos amado y nos amaron antes de la muerte y siguen amándonos, de los que nos comunicaron la vida y nos colmaron de beneficios y bendiciones. Ángel custodio, ángeles de la guarda, si, vamos donde vosotros nos llevais. Allí están las sagradas reliquias de nuestro corazón. Allí están nuestros amores, la esposa querida, el amante padre, nuestra tierna y amorosa madre, nuestros hermanos cariñosos, los hijos de nuestras entrañas, nuestros venerables parientes, nuestros vecinos y amigos, todos nos esperan. Aguardan como las flores el rocío benéfico de nuestra oración cristiana. Sí, vamos ¡oh ángeles santos! que padecen las almas de nuestro corazón, allí, están con sus blancas túnicas al rededor del funeral ciprés y bajo las ramas del desmayado sáuce. Sí, oremos, oremos en silencio. Ved como los semblantes afligidos de los que padecian se tornaron consolados. Ved cual se vislumbra ya en ellos la sonrisa de los ángeles. Sus lágrimas se enjugan. Su rostro se transforma, es por el alma gloriosa de nuestro padre que por nuestro ruego va á subir, con su ángel de guarda, á las moradas celestiales. Hélo aquí que se adelanta y viene á nosotros como el céfiro suave que besa las flores y roza nuestras mejillas y nos habla al oído, y nos dice: «adios, hasta mañana,» y nos aconseja como en nuestra niñez á que prosigamos en la fé y en la oración y nos dá gracias por que le hemos anticipado la entrada de su gloria.

¡Oh ángeles santos! oremos, oremos mucho. Vosotros estais postrados de rodillas ¿por qué no hemos de imitaros? Oremos así, unidos los ángeles y los hombres. Dejemos de admirar los epitafios. Aquello es la vanidad del hombre hasta en la tumba. Recemos con la fé del corazón que traslada de un punto á otro las montañas. Las puertas del cielo están abiertas. El ángel de las misericordias dá la mano á las almas que se elevan por nuestra oración. Recemos que pronto habrán menester nuestras almas de las ajenas súplicas. El ángel de la muerte sigue veloz nuestros pasos, porque pide espacio en la tierra el ángel de la vida para nuevas generaciones y tenemos que desalojar el que ocupamos y marchar á otra region donde se reúnen y caben todos los espíritus. Allí será el vivir de toda una eternidad, pues la vida de este mundo ni siquiera es el primer día de la vida.

La campana cesó ya su clamor de los di-

funto. Las pavorosas tinieblas de la noche extienden su funerario crespon por las montañas, por el mar y por el firmamento. Las rejas del campo santo se cierran á los vivos; mas ¡ay! que allí quedan todavía en su aflicción y desconsuelo, de rodillas en las gradas de la cruz de piedra, las almas no purgadas, vertiendo lágrimas de amargura. Los ángeles del Señor las alientan y cual tímidas ovejuelas escuchan paciente las dulces palabras de sus celestiales pastores; pero dirigen sus ojos, cansados de llorar, á la puerta por donde salimos. Miran para nosotros y parece que nos dicen: «Deteneos! «Deteneos un instante. Una oración mas por «nosotras, porque no hay dolor como nuestro dolor. Acordaos de nosotras y pronto «los muertos y los vivos seremos todos en «el Reino de los cielos.»

Antonio de la Iglesia.

Nuestro ilustre paisano el Sr. D. Ramon de la Sagra tan apreciado de las academias y sociedades científicas de Europa, acaba de remitir desde Paris á la Sociedad Económica matritense, una luminosa memoria sobre el modo de acelerar la vegetación de las patatas y cortar la funesta enfermedad de que viene siendo atacado hace algunos años tan importante fruto, recurso único despues del pan, especialmente para la población agrícola y clases trabajadoras. Si los resulta los corresponden al crédito científico de tan aventajado naturalista, podemos decir que Galicia, mas que ninguna otra parte de España, se encuentra de enhorabuena. Prometemos estar á la mira para dar á conocer á nuestro país el éxito que es de desear de tan notable memoria.

A MARIPOSA OU A SORTE DA COBIZA.

ADICADA Ó ILUSTRE POBO CORUÑÉS. (1)

Nos terciopelos
de purpuriña rosa
Leda se estrica
garrida mariposa,
No polvo d' ouro
as alas enfoulando
Nas que as rayolas
do sol vense aluzando.
Érgue os prumachos
lerteira de contento,
Cando as folliñas
da rosa encrecha o vento.

(1) Composición leída con general aplauso por su autor, en el teatro de la Coruña en el beneficio del poeta coruñés D. Antonio Santiago Somoza.

Nas roxas borlas
das ebras ferturantes (1)
Tremar facendo
pingotas de diamantes,
Dos que da crencha
ceiváronse da aurora.
Cando croada
de luz feitizadora,
Ent' as folias
do xilgariño amante,
Dou lume ós craros
alcázares d' Atlante.
Douradas prumas
e franxas gayoladas,
Ricas lle bordan
as alas festonadas;
E nos seus visos
do sol semelladores
Tanto s' enfoneha
que humilda á nai das frores.
De canto hai nado
por reina se porerama,
E maxestosa
se vai de rama en rama
Hachando tronos
en cada fror ou folla
Que por tan ricos
non sabe en cal escolla.
Danlle, auga o regos,
e leitos a pradeira
Entr' as felpiñas
da parra e da malveira,
Pan azuerado,
e mélicos licores
A empriál mesa
dos cálices das frores.
Por onde vóle
ll' ofrece a natureza
Ricos amores
despidos da tristeza:
Mimana os aires
na fonte e no regueiro
Cos paxariños
en coro falangueiro...,
Pró todo é pouco,
que a veluntá mimada...,
Solo dá estima
á xoya conquistada!
Así dando éla
ós seus antoxos créto
Pol a tuxeira
cambéa o val compreto.
¡Vede que infrada
desprecia a fresca rosa
Óle os xeránios
e vaise desdeñosa:
Foxe das lilas
que se érguen ós seus ollos.
E non fai caso
dos lirios, ós cogollos!

(1) Los estambres.

¡Para, anduriña,
teu voo retortéiro,
Que te convidan
frorido pexegueiro,
Tenro fiuncho,
e sabugueiro brando,
Onde as avellas
o mel andan zugando!
¡Ail n' esas matas
de ricos caravêles
Párate e mira
siquera para eles,
Q' o seu alento
devólve a sanidade
Por revellida
que for a enfermidade.
¡Como así deixas
ingrata cobizosa
Das laranxeiras
a folla recendosa,
Dos almendreiros
os vermelliños rizos,
E das cerdeiras
os cándidos feitizos?...
¡Nobres loureiros!
deixá, deixalle paso,
Que os seus sentidos
non fan da razon caso;
Pois cando mandan
as potestás do peito
Non póde o trono
da alma estar direito.
¡Ail xa empachada
do amor e da riqueza
Que sin madría
lle daba a natureza,
Revoligando
traspón a carballeira,
Olvida o prado,
e pousa na tuxeira.
¡Néla ll' esperan
perigos desalmados,
Toxos sanguinós,
e espiños aguzados;
Bravas hortigas,
e xotos silveirales
Cheos de guinchos
espiñas moi arnales!
S' erguen queiróas
e úces, purpuriños
Á sua sombra
seus cucos faroliños,
¡Tente, anduriña,
non baixes, non, por eles
Que son mais caros
que os brandos caraveles!
Non te aconselles
da tua gran listura,
Nin nos feitizos
da tua bonitura,
Que aves monteiras

ó teu volar lerteiro
 Porán fin cedo
 co as pugas do peteiro.
 Mais ¡ai! ¿non vedes
 cal vóla esconcertada
 Trás da silveira
 das aves á vandada?
 ¡Ai! ¿non avedes
 eos toxos ir rozando
 Por ver se libra
 do voladeiro vando?
 ¡Ai! ¡fuxe! ¡fuxe!
 ¡Non xúntel as aliñas
 Nin aturada
 te craves nas espiñas!..
 Pro, ¡miña xoya!
 quen vive sin cautela
 Morre co sino
 de esventurada strela!
 Por ir escrava
 d' un malfadado antoxo.
 Oxe mortiña
 te miras nese toxo,
 Xa dispidiña
 das tuas ricas galas,
 E sin os lumes
 do tul das tuas alas...
 ¿Porqué deixaches,
 garrida mariposa,
 Os terciopelos
 da purpuriña rosa?
 Non che praofa
 o mel d' olido cheo
 Que sin perigos
 chuchabas no seu seo?....
 ¡Ai que as dozuras
 da horta e da pradeira
 Non suxetaron
 teu cobiceiro afan!
 ¡Ai que non vias
 perigos na carreiral
 ¡Seguir quixeches
 o corazon human!....
 ¡Ai! que sin freno
 o desigual carreiro
 Dos seus sentidos
 con rexo afan siguen;
 E fatigada,
 co corazon valdeiro;
 Súpitamente
 sin ser feliz morreu!!!

FRANCISCO M. DE LA IGLESIA.

Cruña Setembre de 1861.

CALENDARIO AGRICOLA.

JULIO.

(CONTINUACION.) (1)

Sin embargo de ser este mes uno de los mas calurosos del año, suelen sobrevénir algunas lluvias durante su primera quincena; la mayor parte de las veces de tronada, particularmente cuando estas no han tenido efecto al rededor del día de San Pedro, por lo que conviene mucho estar sobre aviso para no ser sorprendidos por ellas en las importantísimas faenas de la siega y la trilla, maja ó (*malla*).

Deben consultarse, pues, en tales días los signos atmosféricos, preludios de tiempo sereno ó tempestad, siempre fáciles de conocer cuando se lleva algunos años de permanencia en una comarca y se ha contraído ese hábito de observacion tan comun entre los que se consagran á las tareas agrícolas.

Si cuando se hubiese terminado la siega se observasen señales de revolucion en el tiempo, se deberá proceder á la formacion de *medales* sobre el mismo terreno, puesto que de intentar el trasporte á la era pudiera atraer fatales consecuencias. En este caso cuanto mas oprimidos se colocaren los manojos ó (*monllos*) y mayor fuere la inclinacion que se le diere al extremo de las cañas, mas despedirán el agua y mas preservado quedará el grano de la humedad. Terminada su colocacion, debe coronarse el *medal* con una capucha ó (*caparucha*) pudiendo ser de paja vieja perfectamente amarrada en su parte superior que es el punto que mas debe resguardarse de la intemperie por encontrarse verticalmente dicho punto con el eje central á donde van á confluír ó reunirse todas las espigas. Sin esta precaucion se infiltraría el agua, se recalentaría el grano y correría riesgo de germinarse las lluvias se prolongasen algo mas de lo regular.

Quando se cuenta con un BARÓMETRO (2) un TERMÓ-

(1) Véanse las págs. 159, 175, 189, 207, 223, 234 y 299.

(2) Instrumento que sirve para anunciar anticipadamente los cambios ó revoluciones del tiempo, ó sea la presion atmosférica y por consiguiente las alturas puesto que el aire es menos pesado en las crestas de las montañas que en el fondo de los valles.

Consiste en un tubo de cristal lleno de azogue soldado en su parte superior encorvado y abierto en su parte inferior, cuya parte mas pequeña y vuelta hácia arriba tiene mas capacidad; y todo él se halla destituido de aire. El brazo mayor se halla dividido por una escala de 28 pulgadas, y estas subdivididas en líneas. Cuando el tiempo se serena sube el azogue ó mercurio por el brazo mayor con tanta mayor prisa como á prisa viene el buen tiempo. Cuando este cambia ó se revuelve descende igualmente con la misma calma ó velocidad con que la tempestad se aproxime. Hay otros barómetros tambien llamadas de *caveta* que cuestan á 136 rs. en Paris. Los primeros, ó sea de *Sifon* cuestan 190.

METRO (1) y un HIGRÓMETRO (2) pueden entonces tenerse indicios muy anticipados de la seguridad ó variacion del tiempo y anticipar ó retardar las faenas de la recolección con probabilidades de buen éxito. No deben tampoco despreciarse las indicaciones de los DINAMÓMETROS (*Veletas*) puesto que ellos, marcando la direccion de los vientos, nos revelan cuáles son los mensajeros del agua, de las nieblas, hielo ó serenidad.

Conocida ya la tendencia del tiempo, ya no hay motivo para proceder atropelladamente, aun cuando toda actividad en estas faenas, nunca estará demás, puesto que una sorpesa en operaciones de esta naturaleza suele comprometer los inmensos sacrificios soportados durante la anhelante época del cultivo.

Trasladadas una vez las mieses á la era ó punto donde deben sufrir las operaciones de la trilla, y perfectamente oreadas, ó ventiladas y secas, se elige la porcion que debe servir para la siembra próxima, la cual se dejará sin trillar conservándola en lugar seco, pero de comunicacion con la parte N. ó bien defendida de aquel lado de donde soplan los vientos mas húmedos, que suelen ser los solanos. Este es el medio mejor de conservar la semilla por ser las espigas cápsulas ó zurriones, los mejores defensores de que le dotó la previsora naturaleza. Pero en este caso es preciso preservarla tambien de los ratones, gallinas etc., lo cual no siémpre es posible á todos por falta de localidad á propósito.

Quando la cantidad de miés que hubiese de trillar-

(1) Instrumento destinado á medir el calor de la atmósfera y por consiguiente de todos los demas cuerpos.

Consiste en una varilla hueca de cristal soldada á una bolita, ó tubo pequeño de mayor diámetro ó anchura, sin aire ninguno dentro, cerrado por la parte superior y llena de azogue ó espíritu de vino ligeramente coloreado, por cuya varilla graduada en 100 partes se eleva el azogue ó alcohol á medida que el calor aumenta; y desciende con la misma sensibilidad segun el grado con que este disminuye.

(2) Instrumento que sirve para medir la humedad del aire. Los hay, y son los mas baratos y comunes, de figura de fraile, que levantan la capucha cuando aumenta la humedad y la bajan cuando el tiempo se serena ó disminuye la humedad.

Se produce este efecto por medio de una cuerda de tripa que tiene una punta fija en los pies del fraile y la otra en la capucha, pasando por dentro de un tubito de cristal ó de hoja de lata ahugereado. La cuerda de guitarra, hecha de tripa, tiene la propiedad de atraer la humedad del aire y por lo mismo se des-tuerce ó aumenta de diámetro con ella y se acorta á lo largo tirando por la capucha sobre la cabeza del fraile ó otro personaje que el higrómetro represente. Con el calor pierde la humedad y por lo mismo se alarga ó estira y hace hajar la capucha ó sombrero indicando que se descubre, porque se acerca el calor.

Hay otros mas delicados y sensibles, que consisten en un cabello fijo en un punto que tiene un pequeño peso pendiente del otro extremo y se halla enroscado por una vuelta en una polca ó roldanita que se mueve con facilidad, á la cual se halla fija una aguja como la del reloj. Quando el tiempo se seca, el cabello se encoge y hace mover la rueda con la aguja que va marcando en un cuadrante puesto á su derecha, los grados de sequedad que reinan, así como cuando aumenta la humedad, se alarga y solicitado por el peso, hace mover la aguja á roldana en sentido inverso, indicando de la misma manera las nieblas, heladas ó lluvias.

se fuere mucha y la trilla no pudiese verificarse sino parcialmente y nose contase con cobertizos ó (*alpendres*,) capaces para su resguardo, entonces el medio reconocido como mas seguro y económico para defende-la de la accion del tiempo, consiste en clavar un pino ó tronco cualquiera, como centro, y con una cuerda trazar un círculo proporcionado á la cantidad que debe contener: clavar despues á distancias iguales otros ocho pontones, teniendo cuidado de formar al rededor del eje, apoyándola sobre piedras que la levanten del suelo, una especie de tarima con troncos ó tablas cruzadas que se apoyen en los ocho piés laterales, y luego ir colocando los manojos sobre ella y al rededor del tronco central hasta dejar formada la meda. Una vez terminada esta, se clavan tablas, estacas ó barrotes de tronco á tronco, hasta llegar á su altura, procurando que estas sean mas espesas de aquel lado de donde soliere llover mas, entrelazándolas con ramas de retama (*vesta*) tojos, juncos etc. Ultimamente se cubre el todo con una capucha (*caparacho*) de paja perfectamente amarrada como se hace con los hórreos de varas ó (*cabaceiras*) recubriéndolo todo por la parte superior con heno, ó (*feo*) juncos, retamas, cespel (*terrons planados*) etc., cuya cubierta será impermeable á las aguas y se sostendrá perfectamente aunque se quite la mies de debajo, si se tuvo cuidado antes de cruzar otros palos desde los laterales á la cabeza del central. De esta manera quedará la cosecha perfectamente asegurada de todo percance en un edificio provisional de forma octogonal, es decir de ocho caras, ó parecido á un palomar mas ó menos largo, segun la necesidad, pudiendo de esta manera ir trillando parcialmente segun el tiempo lo permitiere.

Creemos que esta construccion rústica no ofrecerá dificultad alguna, abundando como abunda, en nuestro pais, el pino, el foble, el ameneiro, aliso, el olmo, etc., etc.

Réstanos ahora decir cuatro palabras acerca de los cuidados que deben prodigársele al grano ya trillado antes de conducirlo á los arcones, hórreos y á las graneras ó (*tullas*.)

Nada diremos aqui acerca del sistema de trilla usado en el pais por ser este sobrado conocido y acomodarse á las facultades de la extension de cultivo y subdivision de propiedad y mucho mas siendo punto este que tenemos como algunos otros destinados para tratar á parte y con mayor extension.

(Se continuará.)

Francisco M. de la Iglesia.

Editor responsable,

D. FRANCISCO DE LA IGLESIA.

IMPRENTA DEL HOSPICIO:

á cargo de Mariano Marcos y Sanchez.